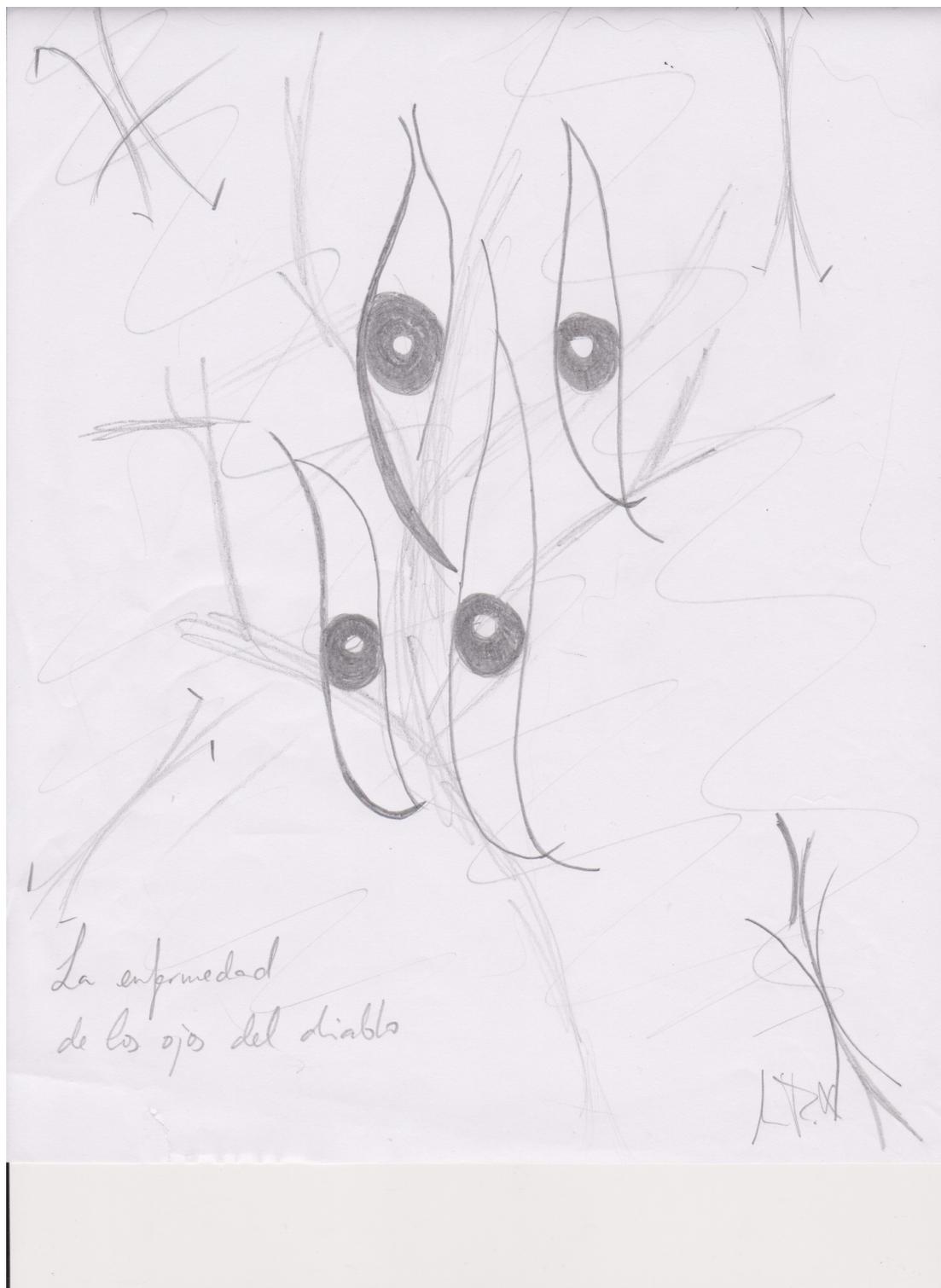


La enfermedad de los ojos del diablo y otros cuentos

Lucía Prado Casal



Capítulo 1

La enfermedad de los ojos del diablo y otros cuentos

El guarro

El conocer una historia entre millones no me ha hecho entender ni el porqué ni el cómo suceden estas cosas.

Me reía de él. Bueno, no era el único. Nos reíamos todos, los de la oficina y, me imagino, que todas las personas que lo conocían. Nos reíamos...Estar con él era repugnante...Era todo un puerco.

Me reconoció, lo sé. Le dio vergüenza enfrentarse conmigo, con su pasado, con lo que fue, con lo que no era.

En esa mirada rápida que se deslizó esquiva, supe que había algo peor que su existencia, era aquel espejo: cotorra imparables de realidades; la comparación del ayer y del hoy; mi cara, mi sorpresa, y ese maldito enjambre de risas pasadas. No había duda de que era él.

Entró en el baño, se mojó las cejas, y se las peinó meticulosamente con los dedos índices de cada mano.

Nadie se extrañaba en la oficina. Todo lo que hacía era parte de un ritual repulsivo de su particular forma de vivir.

El lector con razón se preguntará qué tiene de asqueroso que se atusase las cejas con agua del grifo. En verdad: nada.

Solo sencillamente ridículo que prestase atención solamente a sus cejas, cuando no se bañaba, dejaba los papeles de la oficina con su seña de identidad; manchas de color amarillo desperdigadas. Además de su inolvidable olor a meos casi constante, y un largo etc. Si os contara, no pararía de hablar en tres días, y pudiera quedarme corto y aburridos.

Aguantar durante 45 horas semanales la insufrible estela densa de olores variados y nauseabundos, amén de una multitud de pequeños hábitos insanos que se repartían por la jornada laboral era, como podéis suponer,

un verdadero suplicio, una corona de espinas engarzada sobre nuestras pituitarias.

Daban ganas de agarrarlo, depositarlo en un barreño gigante con detergente para la ropa en reposo una semana, para que se fuera la suciedad acumulada desde dios sabe cuándo.

Eso sí, se atusaba las cejas cuidadosamente con agua antes de irse a su casa cada día, como parte de un ritual religioso.

— ¿Crees que puede estar enojado por lo que le dije?

¿Y qué le dijiste?— le pregunté.

—Que debería asearse un poco, que había gente en la oficina a la que le molestaba.

Eran las 11:30 a.m., estábamos ya todos reunidos. Bueno, salvo uno, faltaba Lorenzo.

Salió del baño que estaba justo enfrente de la sala de reuniones, subiéndose todavía el pantalón meado por un lateral, y se sentó a mi lado.

El tufo era insoportable. El olor a meo rancio me mareaba.

Para colmo, aún no había almorzado.

Entre el estómago vacío y el aroma tan agradable desprendido por mi vecino, me estaba empezando a encontrar francamente mal. Todo parecía bambolearse alrededor de mi cabeza.

El hilo de la conversación, por supuesto, lo había perdido. Me debatía entre estar mareado y conseguir estar equilibrado: sentado, sin desmayarme, sin perder la conciencia.

—¿Tú qué opinas, Alberto?

El sonido de mi nombre accionó el botón de alarma en mi cerebro, e intenté reunir fuerzas y concentrarme.

Pero qué contestar cuando nada había oído ni atendido. Opté por una respuesta vaga.

—Pues...no sé— poniendo cara de estar pensándolo mucho.

Comodín perfecto: puede servir para la mayoría de preguntas, cuando no se sabe qué contestar y qué mejor respuesta cuando no has oído nada de nada.

El olor taponaba con su densidad nuestras vías respiratorias, sobre todo las mías; el azar me había jugado una mala pasada sentándolo a mi lado.

Mi cuerpo no podía soportar más esa inhalación forzosa. Me levanté con un “disculpen” y me fui a respirar aire puro del pasillo. ¡Qué alivio!

Me senté en un banco y esperé a que terminase la reunión.

En la mesa del escritorio estaba petrificada la taza de café del día anterior.

Se abrió la puerta, entró Lorenzo, y al ver la taza allí encima, la apuró en tres sorbos.

Llegó el día en que las quejas se erigieron como montañas desafiantes ante la puerta del director. Ha de señalarse como atenuante, para todos nosotros, que no buscábamos que tomara las medidas que se adoptaron al final, solamente queríamos que cambiase, que no nos atormentase con su olor e insanas costumbres.

Estábamos convencidos que presionar implicaría un cambio de conducta en su forma de ser, y que, sin dudarlo, sería beneficiosa para él y para nosotros.

Lo despidió. Se fue. Todos, sin excepción, lo sentimos. Loco, pero, al fin y al cabo, buena gente. Tanto como despedirlo: el director se había pasado.

¿Y nosotros? Conseguimos tranquilidad, aseo, aire oxigenado, atmósfera renovada.

Pero... que había perdido el trabajo era un hecho irrefutable que caía con un peso inimaginable sobre nuestras maliciosas mentes ¿Y ahora qué haría? ¿Dónde encontraría otro trabajo?

Un sabor agrio de culpabilidad era paladeado por cada uno de nosotros tejido a puro silencio.

Las oficinas en movimiento, las clases y la rutina barrieron los pocos restos de culpa latentes. Y de nuevo la monotonía y la inercia se

apoderaron de nuestras vidas.

Las olas del tiempo fueron absorbiendo nuestra mente por completo y no supimos más de él. Lo seguíamos recordando como nota divertida en el pasado y en el futuro porque no había otra de la cual mofarse y reírse.

En el fondo le teníamos un cariño especial, un apego a aquella hedionda masa de huesos y carne que nos provocaba asco y lástima como los dos anversos inseparables de una moneda.

Se convirtió en una especie de leyenda. Alguna vez había existido, había trabajado allí. Nadie osaba preguntarse dónde estaba o qué había sido de él. ¿Se trataba del miedo a despertar de nuevo a la conciencia que descansaba tranquila?

El ser humano tiene facilidad para sacudirse motas de polvo o incluso nieblas densas en su conciencia o, cabría decir, que es su especialidad oculta, pese a que, de vez en cuando, salten chispazos hirientes producidos, como en mi caso, por encuentros, por chocantes e indeseables reencuentros.

Uno elige su destino o no lo elige o, pese a que lo moldeamos, ¿los que nos rodean nos empujan a hacerlo de alguna manera determinada? o, ¿nos dejamos llevar por una afortunada o desafortunada ola mortal hasta la playa o infierno que nos toque?

La vida es acaso un juego de abrir y cerrar puertas, un laberinto eterno que te va coartando y engullendo en sus apretados designios.

Oportunidades perdidas o caminos desviados. Qué más da.

A veces pienso que somos escultores del arrebató de un instante, y que con detalles modelamos aquí y allá de forma descontrolada sin saber qué resultado vamos a tener, y no nos detenemos porque nunca arribamos al sitio deseado.

Pero ya se me escapó el tema de los labios. Y al lector, nada le importa, mi sana o insana opinión. Además: tampoco lo tengo claro.

Disculpadme. Supongo, que trato de arrojar lejos de mí, cualquier asomo de responsabilidad sobre el destino de aquel hombre, de aquél que fue alguna vez mi compañero de trabajo.

Cada vez que pasaba por la calle, por aquel lugar donde me lo encontré, mis ojos rastreaban el encementado suelo de la acera y, uno a uno, inspeccionaban ávidos los portales de la calle en pos de su figura.

Él no quería estar ya más en aquella zona. A lo mejor nuestro reencuentro le empujó a irse. Para qué revivir y repetir momentos o dar lástima hiriente; que le diese unas monedas, le convidase a un plato, a un bocadillo. Un favor que puede convertirse en un disfavor demasiado insoportable para él.

Entonces, si había visto todo eso en su cara, ¿por qué lo buscaba, porque en vez de ir por otras calles, me empeñaba una y otra vez en hacer cuadrar mi camino en aquel punto donde sus ojos me rehuyeron?

Entender mis desvaríos de humano, ya sé, que es del todo difícil, cuando ni los comprendo yo mismo, pero cuál era mi crimen para que mis pies se obstinasen en volver a esa escena? ¿el haberlo encontrado en tan deplorables condiciones? ¿mi culpa desenmascarada? ¿mi responsabilidad evadida? su cara de reproche, de odio, de vergüenza, de...decrepitud de la humanidad. ¿Un yo de mis yos posibles con un destino trazado de otra manera? ¿Un no haber hecho nada, no haberlo evitado? ¿Un asomo indeciso de contrición?

Era una tarde calurosa del mes de mayo, estaba sentado en una de las tazas de water en hilera separadas por una mampara gris que formaban el servicio masculino de nuestra planta.

Me concentraba en relajarme al son de una lectura rápida de titulares: una niña de 16 años asesinada, un tiro en la cabeza.

Oí su entrar ruidoso, puerta lanzada con furia contra la pared, pasos de elefante por delante de la cadena de orinales. ¡Uy qué horror, está al lado mía! Emanación de olores y ruidos sonoros.

Parece que está haciéndose una paja el tío. Pensé. Ruido de pelotas cayendo al agua a gran velocidad, suspiro de alivio demasiado efusivo. Desconcierto y comentarios en voz alta: joder, no hay papel, malditos, hijos de...no hay papel.

Antes de que pudiera avisarle que yo tenía, oí abrir la mampara y la puerta de salida con el mismo estruendo que al entrar. Nada de pedirme papel para limpiarse, nada de agua corriendo por el lavabo, nada.

Me quedé medio estupefacto pegado a mi taza de water, con sorpresa, incompreensión.

Anduvo oliendo mal durante todo el día, rebalsó las cuotas de soportabilidad disponibles, batió records: ya viene caca volante, caconcio.

Las carcajadas duraron un mes y, lamentablemente, como eco vuelven cuando gracias a alguno de nosotros —asumo mi ración de culpa—, con ganas de reír de algo, de cualquier cosa, no hallando otro tema mejor, se

enciende la mecha de nuevo.

¿Por qué no me hizo caso aquel día cuando le dije que se aseara un poco? ¡Imbécil! ¿por qué?, el director no te hubiera despedido, no le hubiéramos calentado la cabeza con que eras un asqueroso, que era insoportable trabajar contigo, que no atendías a

razones, que era un hábito en ti el ser guarro, que había que hacer algo, que proyectabas costumbres no propias de un lugar como este. Puerco, guarro, mala carta de presentación para la institución...

De su inteligencia, nadie nunca habló. Lo sabíamos, no era tonto y punto. Que desvariaba, que se le caían los tirantes arrastrando consigo el pantalón en medio de clase: también lo sabíamos. Los comentarios que fluían todos los días formaban una hilera de hormigas en busca de su hormiguero, es decir, su oficina, sus jefes, los otros profesores.

¿Se había hundido él o lo habíamos hundido, poco a poco, sin previo aviso?

Una mañana, con mi taza de café en la mano, sonó el teléfono, una llamada para Lorenzo. ¿Otra vez? Ya me estoy oliendo lo que traman estas secretarias.

Se acercó él y su pestilente hálito de siempre. Mientras hablaba adhirió su mugre al teléfono dejándolo bien encerado. Pastoso, grasiento, qué asco, estoy harto, con que quieren librarse de esto, ¡malditas secretarias! Me han tomado por imbécil.

Pasaban sus llamadas a mi extensión, querían ahorrarse el limpiar el teléfono. Lo sabía, ellas lo sabían. Me habían visto cara de pendejo.

—Esta vez, bonitas, va a ser la última, si la llamada es para él, descuelgo el teléfono, y que se las arreglen, que busquen a otro.

Hasta aquel momento, estuve firmemente convencido de que era una persona buena y hablo de buena entre comillas, en la cual se puede confiar, no capaz de hacer ninguna maldad a nadie.

Pero claro...hice algo que hasta el momento no me creí capaz de hacer y, lo hice, la triste realidad es que lo hice, y el saberlo resulta del todo insoportable.

Uno no sé puede imaginar cuan involuntariamente surge la conducta maligna, espontáneamente emergen los actos malos, hasta que determinan nuestra imagen, la empañan, y uno se pregunta ¿fui capaz de hacer eso? ¿Yo hice eso?, preguntándose el resto de su vida el porqué.

Seguramente en dichas circunstancias no se encuentran justificaciones, uno se creía del lado de los "buenos" y le costaba asumir que no lo era, que resultaba imposible negar los actos realizados, sus míseros actos.

Lo que hacía más insoportable todo lo sucedido era la ausencia de castigo y reproches. Estaban, me vieron, y nada hicieron, ni riñas, ni miradas, ni gestos, simples testigos mudos y ciegos. Había muchas personas presenciándolo y todos comprendieron: los mendigos producen ira, sin duda, excusable: algo me habría hecho, no tenía importancia, solo es un mendigo. Caminando tranquilos y a otra cosa, a penas se detenían. Caminando, miraban de reojo, un mendigo, no importa, qué tengo qué hacer hoy, ir a la peluquería.

Adriana me va a matar si no voy, mira que dejarme sin llaves, el mendigo, yo, la patada, caminando. Una persona, dos, tres...Pasando, mirando, sin detenerse, caminando.

¿Y si hubiéramos hablado? Nos uniría en ese momento una tensa incomprensión, falta de conversación, palabras superficiales, repaso de conocidos, casamientos, noviazgos nuevos, vida de otros.

Y en los comentarios de la vida de otros vería escrita mi crítica, con cada palabra, con cada comentario mío.

No valen justificaciones, explicaciones, tampoco se las pediría, temería pedírselas. Era obvio, que su pensar y estilo de vida era despreciable. Nadie me reprocharía si ni siquiera le dijese hola, si no le quisiese reconocer con aquella facha de humanidad desorillada. ¡Qué culpa tengo de que yo estuviera en el camino y él fuera?

En la parte trasera sin toldo caía la lluvia sobre un cartón, por el que se asomaba una mano, y se adivinaba un cuerpo que no se alcanzaba a divisar entre aquella caja ya húmeda, aquel paraguas improvisado con visos de si seguía la tormenta, se desvanecería dejando cenizas inservibles y húmedas, desplomadas sobre aquel ser que lo usaba como refugio contra la tormenta.

Mi parabrisas limpiaba a mil por hora la lluvia que arreciaba contra el cristal furiosa, y me pareció que era nuevamente él, en la parte trasera del camión, soportando la insistente lluvia. O quizás, quién sabe, tal vez mi mente a vueltas, la manía que tiene nuestra culpabilidad de pasearse

de vez en cuando por delante de nuestras narices.

Mi verdadera madre

Yo me crié con mi abuela. Tengo un montón de hermanos, todos de un padre diferente.

Lo más curioso es que mi madre nos dejó aquí en esta casa, a su cargo, y se fue detrás de unos pantalones. A quién pertenecían los últimos, lo desconozco.

Era la historia de siempre: mi madre volvía a casa, un tipejo la volvía loca, nos dejaba y se iba detrás del fulano de turno, se embarazaba, regresaba para que le ayudara su madre en el trance difícil, y una vez parido el indefenso niño, lo abandonaba al cuidado de la abuela, y se iba con ese o con otro que ya se había encontrado o le había convencido más.

Es obvio que mi madre ha tenido siempre un problema con los hombres. Mi abuela me comentaba que tenía que entenderla, que había nacido un poco activa en ese terreno, y que desde pequeña había buscado satisfacer sus apetitos sexuales.

Por eso de joven, cuando tuvo dieciséis años, llegó a la casa preñada de un borracho que le había salido al paso. Según me contó mi abuela, la arrimó a una pared y ya no pudo resistir la tentación: sus hormonas ingobernables no las pudo conseguir detener. La explicación de mi abuela fue muy simple: necesitaba sofocar su apetito.

Las consecuencias no se dejaron esperar, una primera falta, una segunda, y a la tercera, con las carreras al servicio para vomitar. Su madre se la llevó corriendo a la unidad de salud para que le hicieran la prueba del

embarazo, por supuesto, con sospechas muy fundadas.

Mi hermano mayor Javier nunca conoció a su padre, aunque no se perdía de mucho según mi abuela. Un día, en su estado permanente de borrachera insultó e hizo muecas a un grupo de mareros, y estos lo cosieron a cuchilladas por toda la espalda a pura diversión. No llegó al hospital siquiera vivo.

Javier tenía un año, y tampoco había recibido nunca la visita de su padre. Cuando uno crece las malas lenguas siempre lo ponen al tanto de la verdad, sobre todo cuando esta resulta hiriente y más si la desconoce el interesado. A él le habían contado que su padre había muerto cuando tenía un año y que era un buen hombre. La verdad era difícil de tragar y esperaban que fuera un poco más mayor para contárselo si es que hacía falta. Pero, como os he dicho, las malas lenguas se apresuran hacia la cara de uno como ágil escupitajo, y, con bromas maliciosas, regresó llorando un día del Colegio.

Detrás de él, aparecieron Lucrecia, Solblanca, Pedro, hasta llegar a mí, pero... mi madre no le llegó con eso. No entiendo por qué nunca tomó medidas para no quedarse preñada, pastillas, o utilizó preservativos. Siempre lo creí un poco desconsiderado por su parte, Todos teníamos que soportar los frutos de sus devaneos. Perico, Lucas y Salomón, vinieron detrás de mí.

A su vida activa tengo que agradecer mi existencia, pese a que a veces piense que mejor se hubiera abstenido de hacerme ese favor.

Mi madre, salvo cuando nos paría que se mantenía unos meses en casa, se encontraba mientras en México, como maestra de circo. No sé si sabéis que como los circos se mueven y tienen familias e hijos, no les queda de otra que trasladarse con la escuela a cuestras. Mi bendita madre en vez de criar a sus hijos, andaba instruyendo los del circo allá tan lejos. Rodando de un lugar a otro, y por suerte para nosotros, no enviándonos como regalo más niños, que ya éramos suficientes.

Y la muy condenada, no os lo vais a creer, regresó, cuando estuvo vieja y decrepita, ya imposible de ser deseada por cualquier cosa que se moviera. Muy lista, ahora necesitaba que la mantuviesen y la cuidasen, ivaya cara más dura! Sí, soy yo, el pringado al que le dio lástima, el único no casado y sin hijos, que contribuye a su manutención. Y que aguanta las botellas que cuelga de los árboles. Nada... mi madre tiene una su creencia sobre que se verán feos y que en definitiva les dará vergüenza: hacerlos a la idea de que es como una especie de castigo a los árboles por no dar frutos.

A mis hermanos les quedó grabado el seguir los pasos de mi madre, y andan cambiando de pareja, y procreando como conejitos, sin importarles

las consecuencias. Yo, aquí, solo, con mi madre, sin ganas de tener pareja y menos hijos: no quiero ni oír hablar ni de lejitos de este asunto.

Cuando esporádicamente me desahogo con alguna mujer tomo mis medidas, y no me creo engaños del estilo que están tomando la pastilla, o tienen el diu, y que me tranquilice. Jaja, ¡estoy yo para calmarme! solo el pensar en tener un hijo me entran escalofríos.

Entonces, no me debía de extrañar ese día en que salí temprano a trabajar a la Universidad, ese mismo día que sentí algo gelatinoso en el bolsillo de mi pantalón y que resultó ser un maldito murciélago. Y al regresar a casa, se habían establecido unos furgones de un circo enfrente de mi casa y la gente, todo un conglomerado de especímenes cada cual de lo más sorprendente en mi hogar, dentro, invadiendo mi intimidad.

Cuando me observé detenidamente a la mañana siguiente en el espejo, me pregunté cómo sería en realidad mi padre, y me dije, mintiéndome para darme ánimos, que debía de ser alguien normal, porque sino no hubiera salido yo. Estaba crucificado de antemano, me precedían cuatro, y conmigo cinco; entiendo que no fuera tan loco para responsabilizarse de mí.

Hombre, no reprocho nada a mi abuela, es una buena madre sustituta, pero no es mi madre, tenéis que entenderlo: me hacía falta un poco de amor filial.

Durante las estancias de mi madre en casa, embarazada como siempre, para otra cosa no se asomaba, cuando sus palabras pretendían darme caricias con eso de te quiero, hijo mío, me causaban repugnancia, lástima, y un dolor indecible. Cuánto hubiera deseado oír esas palabras todos los días, aunque fuera todas las semanas, me hubiera bastado: a un niño le es suficiente tan poco. Ahora es un poco tarde y los cariños me molestan, y en mis sentimientos predomina la lástima y el asco. Sí, una cierta repulsión a la persona que me engendró.

No nos llamaba ni por nuestro cumpleaños ni por otra fecha señalada. Me acuerdo que se le ocurrió aparecer unas navidades, y mi abuela le insistía una y otra vez si necesitaba dinero, y, ciertamente, no había otra razón. En aquella ocasión defendí a mi madre contra todos los precedentes que había acumulado con anterioridad, le repetía: no, abuela, esta vez no, se va a quedar, no quiere nada, no está embarazada, ¿no ve? Pero mi abuela la había parido, y la conocía mejor que yo. Hubiera querido pintarla a mi gusto, darle una oportunidad para que fuese la madre que yo quería, una madre cercana, que viviera bajo el mismo techo, obligarla a ser una madre normal.

No elegimos nuestra madre, y difícilmente podemos cambiarla; pretendía resistirme a esa idea con los pocos años de vida que contaba, con todas

mis esperanzas rogando a Dios.

Claro es que Dios no me hizo caso. Estaba tan ocupado allá en el cielo que a mí ni me quería oír. Mi mamá en casa, nada más. No era mucho que pedir para que holgazaneara allá arriba, sin echarme una mano. Nada más pedía una ayudita, y nada, del cielo no venía nada, solo a veces un aguacero que casi nos llevaba la casa.

El plan de emergencia consistía en colocar sofás, mesas y el colchón de la cama de matrimonio donde dormía mi abuela para intentar parar el riachuelo que se formaba y que amenazaba con destruir nuestra casa, y quedarnos, cuando se presentaba de veras fuerte, todos apiñados en la esquina opuesta abrazaditos a la silueta con larga cabellera blanca de mi abuela junto a sus tres gallinas, esas tres malditas gallinas de las que os hablaré más adelante.

Mi abuela aceptaba de una manera curiosa la naturaleza de mi madre. Aún hoy no lo entiendo, asumir tantas cargas, y no oírle ningún reproche hacia su hija, ni quejarse por nada. Había sostenido a una familia numerosa que no era suya, encima, y a su edad, y lo soportaba con toda la resignación posible, y sin echarle en cara nada a mi madre.

Volvamos a ese día en que tuve el circo en casa, porque al levantarme por la mañana hacían sus prácticas dentro. Un trapecio estaba montado de lado a lado del salón, y los payasos hacían ensayos en una de las habitaciones sobrantes. El cocinero eso sí, algo bueno, me tenía preparado un desayuno fuerte: huevos, frijoles y plátano frito, a manera de compensar el alboroto.

La casa apestaba; eso de tener a los animales enfrente, aunque estuviesen en los furgones, se me presentaba insoportable y el colmo tener que tolerar no sé por qué lo hice, un par de semanas, gorroneándome comida y espacio, y sobre todo, mi intimidad.

Yo, pensaba: a lo mejor me libro de mi vieja. Le vuelve a entrar el gusanillo y se marcha tras ellos de nuevo. Qué iluso, a estas alturas del partido no me iba a librar de ella.

La visita fue un usar y tirar de mi casa solamente como un nubarrón que se colocó encima justo de mi casa pero de existencia fugaz.

En cuanto a mi padre... Mi abuela me lo señaló un día —ese relamido es tu padre, y tiene dinero, reclámale, acércate y dile— y cuando vio mi abuela que yo no quería ni verlo ni de lejos, quiso ella llevar la iniciativa, y de rodillas, llorando, le rogué que no lo hiciera, que no me quería, que no deseaba tener que ver con aquel desalmado, que, por favor, mamita, no hiciera eso. Y se apenó mi abuela por ello, se quedó pensando y, para mi

alivio, regresamos en silencio a casa.

Desde aquel día, aguantaba la vista de mi padre que regentaba un comercio de electrodomésticos, y la de mis hermanos, porque mi padre tenía otra familia. Los veía jugando por la tienda o en un rincón haciendo los deberes.

Mi abuela no sé si para mortificarme, o para que me decidiera a sacarle dinero a mi padre, me contaba lo que tenían mis hermanos, a qué colegio de niños de dinero iban, con lustrosos uniformes, o hacía coincidir mi paseo por la salida del mismo para que viese a mi padre recogiendo a sus otros hijos. Resistía el embate premeditado de mi abuela, pero por las noches mis hermanos oían mi lloro a medias silenciado por las sábanas.

Hoy hace tan solo un año, por eso los recuerdos se agolpan formando un peñasco de aflicciones y lamento, pese a que estaba trabajando y no me enteré de nada, que desapareciera mi casa y mi familia de aquella manera, porque aunque no vivía con ellos, por motivos que ya os conté, mi abuela lo era todo para mí, mi única familia.

Me olvidé de hablar más sobre que mi abuela tenía tres gallinas que cuidaba como si fueran tres miembros más de la familia, con todas las atenciones y cuidados, reservándoles las mejores sobras, les permitía pasar a casa y campar a su gusto y hasta una vez les construyó como una caseta de perros, para que pudieran pasar los días lluviosos guarecidas y cuando la tormenta destruía todo a su paso, las protegía como parte de la familia entre las paredes de la casa como ya os lo mencioné anteriormente.

El recuerdo de aquella mañana despidiéndome con el paso de los años se ha vuelto borroso pero indeleble en mi memoria. Si hubiera sabido que era la última vez que veía a mi abuelita, tantas cosas hubiera dicho y hecho...pero la vida de las personas cercanas a nosotros se arranca con todo y raíz como una planta y siempre queda oscilando en el aire confuso lo pendiente, las palabras y las acciones.

¡Todo por esas tres gallinas gordas! Me contaron después que le avisaron que se fuera, que había amenaza de derrumbe. Al lado de la casa se extendía un profundo barranco, y no se fue, puso oídos sordos a todas las razones, tenía miedo a que le robasen sus tres gordas gallinas a las que amaba como a tres hijos más.

Yo que no puse paso tras paso para solucionarlo, malditas reuniones, maldito trabajo.

Cuando vi el noticiero, casi se detuvo mi corazón. Una ola de frío como un fogonazo traspasó todo mi cuerpo. Las señas coincidían, la confirmación aterrizó vía telefónica: mi abuelita soterrada por tres malditas gallinas; se

la había tragado la tierra sin dejar rastro.

En un lugar de Galicia de cuyo nombre no quiero acordarme...

"...En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor..." Pero en vez de ser en época de Cervantes, corría el año 2012 y en vez de la Mancha, este señor se creía caballero andante los domingos por la mañana por las grandes extensiones de su casa de campo de Galicia. Y en vez de lanza llevaba un paraguas para desafiar a una posible lluvia imprevista, y un chubasquero atado, pues detestaba inclusive cuando iba a caballo, que su silueta fuese desmejorada por una tormenta a destiempo.

En estas tierras, ya saben, nunca se sabe, si el sol dura mucho o poco o si cede a la lluvia de repente por capricho. Hombre precavido vale por dos. Y nuestro personaje en cuestión, lo era y mucho.

¿Qué tenía de particular este señor? Si la descripción hecha anteriormente no os sorprende en nuestra época, ni os parece extraña, en fin, su vida expuesta como mosaico o sus quehaceres diarios pueden resultar sospechosos, curiosos, u oscuros. No hay mejor valoración que la que cada quien, en su fuero interior, pueda hacer, para sacar una mejor conclusión. Lástima que no quede tiempo suficiente para ahondar en el tema y aportar más detalles.

Me he demorado mucho en decir su nombre haciendo un intento por dibujar con unas cuentas pinceladas un boceto que se aproxime a su persona, porque... ¿qué pueden aportar los nombres a una historia? No mucho, solo identificar el objeto, o, en este caso, persona del que se habla.

Los nombres no aportan cualidades, ni aspecto, ni maneras, ni actuares, vamos, que es como decir que la mesa es mesa, y la silla es silla, nada más. Pues esta mesa o esta silla, de la que ya llevo unas líneas hablando no es más ni nada menos, señores y señoras, qué nervios, que Alfredo Duarte Jiménez, un ejecutivo de maletín en el día a día y caballero andante los días sábado y domingo, o en sus escapadas de festivo.

Un día, Alfredo Duarte Jiménez, señor equilibrado, normal, serio y sosegado con ciertas excentricidades, no cabe negarlo, llevando su diario vivir igualmente que su espíritu: serio, sosegado, y equilibrado, fue

despedido, sí, por fin lo dije: ¡ despedido!

No parece nada fuera de lo normal en estos días, en los que los despidos están a la orden del día, tanto como tomarse un café después de comer. Qué puede sorprender si la crisis arrastra todo a su paso sin miramientos, sin pararse a mirar quién se lleva esta vez, y la sorpresa ya deja de ser sorpresa, sino costumbre, cotidianeidad.

Nada, en particular, sino que Alfredo se creía así mismo un ciudadano ejemplar, me explico, de buena familia, de casa lujosa y finca de esparcimiento, y algún dinero ahorrado. Y su vida era ir de su trabajo a casa y de su casa a su trabajo, y, por supuesto, su finca de campo, los fines de semana.

Habiendo defendido a ultranza las reformas del gobierno, los despidos, los recortes, la flexibilidad laboral... cuando le llegó su turno, se quedó sin hablar, sin reaccionar, como a un muñeco que le hubieran quitado las pilas, y que no pudiera seguir articulando ni palabra ni poder siquiera moverse ni un centímetro.

Tampoco presentó oposición; ni alzar la voz ni movimiento brusco. En su fuero interior ni aceptaba como posible el que le estuvieran despidiendo. A él, el trabajador, el serio, el equilibrado, el de buena familia, el estudioso, el rico, a él, ¡¡¡imposible!!!! ¡¡¡Yo soy intocable!!!! yo soy intocable, y esa letanía que se decía así mismo, como pataleta de niño pequeño (¡yo soy intocable!), le iba paralizando de tal manera que su jefe le gritaba, y él se sumía cada vez más en un estado catatónico, ni cabreado ni ofendido, simplemente paralizado, no respondía ni a palabras ni a estímulos externos. Hasta que la secretaria del jefe, se le ocurrió tirarle un vaso de agua a la cara. Entonces... sacudió la cabeza como un chucho después de bañarse, como si le hubiera entrado frío, y se marchó de la oficina sin decir nada, como un muerto en vida, haciendo caso omiso a todo lo que decían a su alrededor, lo siento, son estos tiempos, la empresa necesita hacer recortes, ya no necesitamos a tantos ejecutivos, seguro que encuentras algo pronto, frases sueltas que volaban sin destinatario, por el aire, frases sueltas que ya no oía.

¿Y a dónde fue aquel hombre? Si era hombre, esa alma en pena. Su vagabundeo le llevó directamente a su finca. ¡Cómo no nos lo imaginamos antes! a junto de su caballo. Le puso la montura, lo acarició como si tratase de contarle algo y lo montó y no paró de hacerlo, aunque arreciaba la lluvia cada vez con más fuerza, con furia como si supiera el cielo la noticia que le habían dado, cabalgando en esta ocasión sin paraguas ni chubasquero mientras seguía lloviendo y lloviendo.

Solo cuentan que al atardecer, un paisano que iba por el camino, lo encontró tirado, con las piernas y cara embarradas. Probablemente había caído del caballo. Tenía fiebre y deliraba sin que se supiera que trataba de

decir o a quién supuestamente hablaba. Aquel señor lo reconoció y lo llevó a su casa, donde estaba el ama de llaves. Lo metieron en la cama, pero, a pesar de los cuidados esmerados de la señora, falleció al día siguiente entre delirios.

Una vez leído el testamento, nadie se sorprendió, puesto que no le quedaba familia, que dejara todo su patrimonio: casa lujosa, finca de esparcimiento y ahorros, a la empresa en la que trabajaba, como decía en el mismo escrito, pilar y motor de esta sociedad, valiente en los cambios y en el progreso.

La paloma

Al principio de los tiempos vivíamos libres, cagando, comiendo y volando. Debió de ser más o menos en los tiempos en que Adán y Eva andaban con sus pleitos con la serpiente y la manzana. Recuerdo mis dos alas, repletas de plumas blancas. Picoteaba cualquier objeto que me pareciera comida y parloteaba con mi hermosa voz con las otras palomas.

A lo mejor mi problema fue mi apasionada devoción a la luna creciente. Siempre me ha parecido un barco navegando en la tempestad del cielo, guiado por su cohorte de estrellas luminosas y, por eso, fielmente, me inclino hacia ella tres veces al día, para que no se olvide de mí. Dicen, entre nosotras, aunque debe de ser pura leyenda, que lo que os acabo de contar da buena suerte.

No creo que fuera ese el problema. La verdad es que no me gusta, nada de nada, que me busquen las pulgas, o que me molesten el pico, y no faltan hombres que me persigan y me molesten, me arrojen cosas que ni te puedes imaginar. Y claro, mis compañeras y yo de genio tenemos pero mucho. A veces picoteamos furiosas hasta que acaba algún ser humano sangrando o algo peor.

También les debe molestar que seamos como una plaga: tengo familia y amigos por todo el globo terráqueo y somos muy vengativas; no importa dónde se esconda nuestro enemigo, nuestro pico llega a cualquier parte.

Esa época idílica del principio de los tiempos no duró mucho. Unas veces me encontraba algún anciano que me traía diariamente migas de pan para nosotras, y otras salíamos huyendo de los pies malvados de algún

travieso, o de algún delincuente que nos arrojaba objetos.

Como esta última época..., por supuesto, que ninguna. Tan solo recordarlo, me pone las plumas de punta y empiezo a temblar de miedo: muchas de nosotras han muerto en estos últimos años. Como os dije, empezaron persiguiéndonos, tirándonos latas, piedras, y una infinidad de objetos. No niego algún picoteo furioso en medio. Y, entre todas las palomas, lo digo con orgullo, hemos dado muerte a algunos hombres.

Hasta que no hace mucho, me agarraron entre varios, y me quitaron una a una las plumas, como si fuera un pollo. Pensé qué horror me quieren comer, aunque no era esa la intención, por supuesto, ni aún en circunstancias tales se pueden quitar el cartel de “no somos salvajes” tanto amor y veneración le tienen como nosotros —aunque bajo otro símbolo y ritos— a la media luna del cielo. En un primer momento creí que era una afrenta personal; en cambio, no dejaba de ser un acto contra todas las palomas.

Alguno alegaba que para que no volviésemos a hacer daño con nuestro picoteo, había que hacernos sufrir hasta que aprendiésemos; curioso método de aprendizaje que desembocó en más picotazos, y más plumas arrancadas, y venga más picotazos, hasta que me molieron a golpes. Inclusive quedé inconsciente una vez. Por ello se preocuparon un poco y dejaron que me recuperara; la humanidad que se les coló por algún poro. Volvieron otra vez y hasta ataron mi lengua y la retorcieron. De solo pensarlo se me viene un sudor y se me va otro, pero... visto que estaba a punto de palmarla, optaron por dejarme tranquila un rato.

Habían venido mucha gente y se agolpaba a nuestro alrededor, al principio, animando a que nos desplumaran más y con más saña, pero, por algún motivo, cambiaron de opinión y me dejaron respirar, casi sin sentido en el suelo. A ese tremendo jaleo le sucedió un silencio, que les obligó a que me dejaran respirar, porque estaba tirada casi semiinconsciente. Algunas de mis compañeras, tristemente, no llegaron a ese día. Estábamos orgullosas de haber matado a algún hombre, aunque eran más las palomas que habían caído en combate.

Aparecieron entre la multitud gritando y protestando que no era esa la manera de comportarse con nosotras y pensé: al fin nos vienen a salvar. Trajeron un veterinario, me dieron de comer, qué delicioso (si no fuera por el dolor, me hubiera comido mis propias patas del hambre). Me cuidaron, me curaron las heridas, yo sonreía y movía mis alas de agradecimiento y estaba deslumbrada ante la inesperada luz a mi alrededor.

Lo de la jaula, al fin de cuentas, como estaba convaleciente, era normal: es una forma de protegerme ante mi debilidad, pensaba, vamos... que es lo de menos, y soñaba con los aires de libertad cuando recuperase mi

salud. Y se deslizaban nuestras miradas esperanzadas de jaula a jaula.

Así pasaron los días, entre cuidados y mimos, y volvieron mis salvadores los que habían traído estas bendiciones del cielo y, gracias, gracias, gracias, me deshacía en mil gracias y, saludé con una acrobacia de vuelo como muestra de mi afecto y mi gratitud: les debía el poder volar, aunque fuera con plumas prestadas e injertadas y, el respirar tranquila, aunque fuera dentro de una jaula, y el no ser apaleada, pese a mi poco espacio vital.

y... con ellos, llegó el tan esperado momento de abrir la jaula. Movía mi cabeza de lado a lado de emoción, me preguntaba ¿sabré volar después de tanto tiempo? y, me abalancé con ansia hacia el aire y, para mi sorpresa, una inesperada mano me aprisionó con sus dedos el cuello, qué forma más curiosa de despedirme —pensé— estos humanos no dejan de ser rudos en sus maneras, y, así inmovilizada, me colocaron un bozal encima del pico (eso ya no me gustó tanto) y del que salía una sospechosa correa, ambos objetos extraños recién pintados de color blanco, eso sí, a juego con mis nuevas plumas, y así, de esa manera, aunque no era la que esperaba, salí a volar en ..., bueno, a volar, como os podéis suponer, ni muy alto ni muy lejos.

El gigantesco odio

Cuando mataron a la primera persona, le extrajeron su sangre para lavar el odio.

Como este se resistía, mataron a otra. Procedieron de igual manera

y con la sangre de este nuevo muerto, restregaron nuevamente al odio,

pero este ni palidecía ni cambiaba de color. En vez de disminuir de tamaño

se hacía cada vez más grande.

Se pusieron a matar a más y más gente, y con la sangre de aquellos,

pretendían borrar su presencia y su olor, pero no lo consiguieron.

Incomprensiblemente, aumentaba más su tamaño.

Hasta que el odio se volvió una masa gigante y apestosa
y se cayó encima de nuestro pueblo y, finalmente, nos aplastó.

Los cuadros en el suelo me desconciertan

Los cuadros en el suelo me desconciertan. Aún no me he podido acostumbrar a ello. Hay que tener cuidado de no pisarlos, no tirarles comida, agua.

Así lo hice, como me lo dijeron ¿y ahora? No tuve que esperar mucho para saber el paso siguiente. Quieren ahora que quite todos los cristales de las ventanas. De todas, sin que falte ninguna. Habrá, entonces, que tener cuidado con herirse al caminar, escoger un lugar adecuado para ubicarlos, acomodarlos a su gusto.

Cada vez va quedando menos espacio. Siguen con tales peticiones que, empiezan a ser, cabe decirlo, un poco fastidiosas. Como continuemos así, al no haber cristales, va entrar el agua de lluvia por las ventanas; ese sería un problema añadido. Esperemos que se contenten y vuelvan las cosas a su cauce.

Inclusive, os he de comentar, que el simple hecho de tener tanto cuadro y cristal desperdigado por el suelo nos ha hecho dificultosa la convivencia a mi marido y a mí ¡Se lo pueden imaginar! Son las cuestiones de orden, de higiene. Ya conocéis cómo son esas cosas, van abriendo grietas.

Empezamos primero por llenar de vidrios la habitación de la plancha. Pensamos luego en la terraza: idea que abortamos en seguida. Podían caer frutos de los árboles, o que el viento arrojase sobre ellos palos y basura, y en definitiva, quebrarse. La considerábamos de aquella como una medida temporal.

No les fue suficiente. Nos pidieron retirar todas las puertas. Como os podéis figurar, nos supuso bastante trabajo. Mi marido y yo entregados al trabajo de desarmar, cuando..., por cierto, ni él ni yo estábamos muy duchos en el tema: desatornillar arriba y abajo y después mover las puertas, por supuesto. ¡Y con lo que pesan!

Las puertas de las habitaciones no fueron tanto problema porque eran más livianas, lo que facilitó su traslado a su nuevo hogar: enfrente de la lavadora. La de la entrada, sí que nos hizo sudar la gota gorda. Demasiado bien atornillada para nuestras inhábiles manos, y además, tenía unas bisagras que parecían pesas de gimnasio.

Aunque lo peor vino más tarde: el traslado. La puerta se abalanzó contra mi pecho. Las manos de mi marido vinieron en rescate y conseguimos depositarla en el suelo hasta que decidimos la ubicación que iba a tener.

Ese corpulento amasijo de hierros lo transportamos a la terraza, para que estuviese lejos de nuestra vista y, como estábamos en plena estación seca, el riesgo de oxidarse era menor. Tampoco es que tuviéramos mucha alternativa; ya no quedaban muchos huecos por cubrir: demasiado objeto fuera de su lugar habitual.

Llegó el día en que nos dejaron volver a poner todo en su sitio. La casa parecía otra, estábamos felices, hasta se escurría alguna canción o un beso en el silencio.

Colocamos los cuadros en las paredes, las láminas de vidrio en las ventanas, y las puertas que, por cierto, si había costado sacarlas, más trabajo supuso ponerlas de nuevo.

Cuando finalizamos, nos paramos frente a los cuadros para contemplarlos y, curiosamente, estaban todos ligeramente torcidos. Los dos al unísono nos entregamos a la tarea de ponerlos rectos. Labor que resultó inútil; una vez que los dejábamos rectos se volvían en posición entornada nuevamente. Peleamos con ellos durante casi cinco minutos en ese macabro juego de colocar y descolocar.

Parecía como si la fuerza centrífuga hubiese súbitamente cambiado de lugar y que, por ello, obedecieran a la naturaleza inclinándose, predominaba esa fuerza desconocida que solo les parecía afectar a los cuadros.

Fue mayor la sorpresa cuando algunos de los vidrios de la ventana se empezaron a caer, y, por ende, a quebrar como una infernal lluvia, tal que si los rayos y relámpagos se hubiesen materializado en cristales rotos que se rompiesen unos contra otros.

Sucedió a un mismo tiempo como una orquesta de chillidos, todas las ventanas, de tal forma, que nos resultó imposible detener aquel torrencial destructivo. Os puedo contar que al menos salimos ilesos.

Un cuarto de hora de no respirar, no pestañear, con la boca abierta hasta el espasmo, de un sentimiento entre temor, desconcierto, que se

asemejaba a un estado catatónico.

Quedaban las puertas. Miramos con desesperación hacia ellas, y corrimos a las que quedaban más próximas. Y esperamos...

Transcurrieron así en silencio cinco minutos, otros cinco minutos y, creyendo haber pasado el peligro, respiramos aliviados. Las puertas estaban en su sitio. No habían caído al suelo.

Maquinalmente mi marido se apresuró a cerrar la puerta de la entrada. No, no podía ser, una ola de espanto recorrió nuestros cuerpos erizándonos, el tic nervioso de mi marido se disparó en lado izquierdo de su labio sin que pudiera detenerlo como si fuese un resorte quebrado. Hizo un intento tras otro, pero la puerta estaba desencajada. Corrimos angustiados cada uno hacia una puerta distinta: lo mismo, no se cerraban, estaban igualmente desniveladas.

Aquel día decidimos mudarnos. Ignoramos qué ventura siguió a la casa y a los futuros moradores de esta. La abandonamos en manos de una agencia inmobiliaria. No queríamos saber nada de ella. Menos enseñarla. Visualizarla de nuevo.

Teníamos un hogar recién estrenado. La ilusión del cambio, del comprar muebles, cortinas nuevas e intentábamos disfrutar decorando, saboreando el poner cada detalle de la casa, sin emplear ningún objeto que hubiera pertenecido a la anterior, porque... como ya os comenté, no queríamos ni ver a los antiguos, eso supondría... esparcir cenizas de la pesadilla que habíamos vivido.

Esa ilusión y tranquilidad se esfumó con la misma rapidez que nos mudamos. Vinieron nuevamente. La misma película, con los mismos actos repitiéndose. Nos levantábamos respirando miedo, y nos acostábamos ahogándonos entre colchas de pánico.

Primero, bajando los cuadros. Luego las ventanas. Para terminar: las puertas. Lo mismo, por ese malévolo orden. Y otra vez, el intento de colocar todo, teniendo la certeza de qué iba a ocurrir a continuación, y sin poder dar la estocada final a tan macabra partitura.

Primero, los cuadros, luego las ventanas, para finalizar las puertas. Lo mismo, por el mismo metódico orden. Descolocados los cuadros, rotos los vidrios, desencajadas las puertas. Exactamente, en idéntica e insoportable sucesión.

Nos sentamos mi marido y yo, desolados, en la mesa del comedor, uno frente al otro, sin respirar ni pestañear y acordamos mudarnos de nuevo,

pero, en esta ocasión, separados.

Al día siguiente cada uno con su maleta no quiso decir al otro a donde iba. No mintamos: ni siquiera queríamos saberlo. Miedo a los posibles efectos de un contagio; es culpa tuya, yo me voy.

Tras los dos besos de despedida nos fuimos cada uno por su lado. Dejamos atrás los cuadros torcidos, las ventanas rotas, las puertas desencajadas.

Me acuerdo bien del día que me invitó a su casa

Me acuerdo bien del día que me invitó a su casa. Quizás ya me había convidado en anteriores veces. Esta última, me dejó entrar, sentarme, probar sus vestidos, sonrosar mis mejillas y dar color a mis ojos con sus pinturas. Puso todo a mi disposición, su tocador tan espléndido, con la gama de inimaginables colores y tonalidades. Desplegada en sucesivas paletas que se disponían suavemente desde una caja negra.

Los colores me deslumbraban. Había tantos y tan variados. Le llamaba la caja milagrosa porque, según ella, tenía la virtud de revivir lo que estaba muerto, empezando por su cara cada día.

Me acostumbré a ir a esa casa, tomar prestado sus vestidos, acicalar mi rostro con sus pinturas. Se volvió un hábito, como una arruga más de mi cara, una característica más de mi carácter.

Algo fallaba: mi yo era como un helado de diferentes sabores, adornado con una frágil y bonita sombrillita que se había construido artificialmente y se miraba a su espejo descontenta. Necesité de la ayuda de medicamentos, mientras tanto tendría que procurar no volver a esa casa y, menos, tener nada que ver con los vestidos y las pinturas.

Tenía todo que ver con aquella muñeca, que se movía al son de unas monedas y que con su sonrisa te predecía el cómo te iba a ir durante ese día.

De eso hace mucho tiempo. Era realmente una señora vestida de mimo que tenía apretado un tutú rosa a su cintura y se movía como una muñeca antigua. Me recordaba a las bailarinas de las cajitas de música que cuando

las abres se ponen a girar y girar en su eterna pirueta sin parar hasta que la melodía se detiene.

Cuando cumplí los quince años me aficioné a visitarla. Siempre iba a ver cuál era su cara. De ello dependía mi suerte durante el día; tal fe tenía en sus predicciones. Una cara triste auguraba sucesión de actos indeseables. Por el contrario, una simple sonrisa traía acontecimientos gratos. Eso, por lo menos, es lo que creía de aquella. Lo guardaba como secreto sabiendo que nadie entendería cómo hacía depender mi existencia del aspecto de una cara.

La sonrisa me inyectaba carga positiva suficiente para que me sucedieran cosas buenas y que viera de menos las malas. Y al revés, el mirar ese rostro triste ponía un altar de magia negra y los actos funestos se encadenaban uno tras otro, como un dominó incontenible de desgracias que se desmoronaban una tras otra, ayudando a que otros eventos no afortunados concurrieran también. Aunque una nube de consciencia se deslizaba por mi cerebro de vez en cuando, era incapaz de despejarme de ella, de prescindir de esa obediencia ciega.

De aquella manera mi vida transcurría de una forma sencilla. Una moneda de 20 centavos bastaba para que la muñeca de la plaza del pueblo predijese mi día; la creía una muñeca con poderes especiales, y me dejaba arrastrar como bella durmiente (complacida) por la corriente de sus palabras embelesadoras.

El deseo de saber el futuro cabalgaba en mis pensamientos sin que supiese cómo detenerlo. Si me hubieran dicho que tal o cual persona me iban a decir detalladamente lo que iba a ser de mi vida; no cabe duda que hubiera acudido corriendo a junto de ella, dispuesta a pagar lo que fuese. Todo, por saber el futuro ¿por qué deseamos conocer el futuro? ¿Por qué adelantarnos a los acontecimientos? ¿Se trata de colocar una brida a los hechos futuros para así poder controlarlos y que no se tuerzan por donde uno no desea?

Así que por cada día ausente le entregaba su moneda. Como os había dicho, me aficioné a ella, la visitaba todos los días. Siempre reservaba dinero del que me daban mis abuelos el fin de semana, y andaba pidiendo aquí y allá a mis primos, siempre con la disculpa de las golosinas. Pero la verdad, es que ni una moneda se iba a las mencionadas chucherías. Religiosamente, las depositaba una a una, cada día de la semana, en aquella mano blanca, y me afligía mucho, cuando por enfermedad u otra causa no podía asistir; parecía que me brindaba una cara reprobatoria cuando de nuevo la iba a visitar, y por eso le daba ración doble: doble moneda, para que la suerte no viniese en contra mía, para que borrara esa terrible cara de reproche. No vaya a ser la mala suerte, la mala

suerte, entre dientes me susurraba a mí misma.

Así transcurrieron los años y me di cuenta que no era muñeca, que era una mujer que cada vez se hacía más vieja y que con su maquillaje le daba vida todos los días a ese papel que también desempeñaba. Ese papel que había llegado a ser tan importante en mi transcurrir diario, esa farsa en la que creía a pie juntillas, a la que me encadenaba por querer creer en ella.

Por esos años, tenía otros problemas. Aun así mi diezmo siempre caía en su blanca palma: el saber más se había vuelto un tirano con sabor a insuficiente que no paraba de pedir con una exigencia que iba pesando en mi corazón. No me llegaba su cara. Una tristeza embargaba mi ser, eclipsaba mis tardes, y acababa llorando, sin saber bien el motivo. Me encerraba en el cuarto a oscuras, y mi madre, impotente ante mi repentino ostracismo, se acercaba sigilosamente y me enumeraba la programación de televisión por si quería ir al salón a acompañarla (pobrecita, no sabía lo que me pasaba, pero yo también lo desconocía). De nada servían sus intentos, yo me quedaba con mi oscuridad, con mi cara triste llorándola, y no quería saber nada de nadie, ni de hacer nada.

No sé por qué un día me decidí a visitarla, a esa mi muñeca, y esperé en los escalones de alameda a que terminase su trabajo. Ya era tarde. A mi madre no le iba a gustar la idea de que no llegase a la hora, pero tenía que hacerlo, tenía que seguirla, verla dejar de ser muñeca. Pensaba que si deshacía el encanto dejaría de creer (liberaría al regalo de su ostentoso envoltorio) Roto el embrujo, me liberaría de mis cadenas.

Allí mismo, se quitó el tutú de bailarina y se puso unos vaqueros y una camiseta encima, acomodó rápidamente todas sus pertenencias dentro de su mochila caqui y, al darse la vuelta, se dio cuenta de que estaba allí. Me conocía icómo no me iba a conocer! si mi moneda no faltaba nunca en su bolsa. Me observó molesta e inquieta, qué querría esta mocosa debía de pensar: ¿quieres algo preciosa? Me dijo finalmente fingiendo una de sus caras dulces.

Ante esa pregunta no supe qué contestar. Había esperado tantas veces que me hubiese intercambiado una palabra que, ahora que mi muñeca lo hacía, las palabras se paralizaban angustiadas, encalladas en la garganta.

Puso cara de "bueno, yo lo intenté, que mocosa", y continuó recogiendo lo último que le quedaba y empezó a caminar. Y mis pies detrás la seguían,